

blemas del presente y del futuro siempre encuentran un importante asiento en los cimientos proporcionados por la historia. En este caso, Angela Aparisi nos remite a la decisiva contribución de quienes, como Francisco de Vitoria, sentaron las bases teórico-doctrinales para afrontar, desde la reflexión racional, un problema que hoy sigue siendo, aún más si cabe, decisivo para la humanidad, el de la guerra y la paz.

Martha Miranda

Alejandro ARGIROFFI, Paolo BECCHI y Daniele ANSELMO (a cura di): *Colloqui sulla dignità umana: Atti del Convengo internazionale (Palermo, ottobre 2007)*, Aracne, Roma, 2008, 295 pp.

Como es bien sabido, el tema de la “dignidad humana” es objeto desde hace años de un amplio debate en el que intervienen múltiples disciplinas y autores provenientes de diversas, y a menudo heterogéneas, áreas culturales. Un debate que si bien en algunos países, como Alemania, se ha convertido casi en una “moda filosófica”, en otros, como Italia, apenas si se habría iniciado, y ello por mucho que se hable de “dignidad”, más o menos contradictoriamente, en relación con cuestiones bioéticas.

Y así, con el reconocido propósito de corregir esa anomalía, “reflexionando sobre los presupuestos filosóficos y teológicos indispensables para abordar seriamente el tema”, se celebró, bajo la dirección científica del profesor Alessandro Argirotti, un Congreso Internacional, en Palermo, del 2 al 5 de septiembre de 2007, cuyas actas aparecen publicadas ahora en una obra dedicada “idealmente” a la memoria de Sergio Cotta y Marco María Olivetti y estructurada en tres grandes apartados. *Prospettive teologiche, Prospettive filosofiche, giuridiche e sociologiche e Interventi*, a los que preceden dos aportaciones de carácter introductivo.

La primera, *Perché ancora sulla dignità umana? Breve analisi ontologico-fenomenologico* se debe al propio profesor Argirotti quien, efectivamente, responde a la pregunta planteada señalando cómo la cuestión de la “dignidad humana” está en nuestros días en el centro de profundas y encontradas discusiones en el espacio público democrático. Y ello como consecuencia, entre otras razones, de las nuevas e “irreversibles” posibilidades de la tecnología que habrían provocado un actuar tecnológicamente orientado, un *novum categoriale* respecto al pasado incluso al más inmediato.

La constatación de la primacía contemporánea de la existencia sobre la esencia y la referencia al heideggeriano “pensamiento que se opone a valores” sirven de punto de partida al profesor Argirotti para su breve análisis ontológico-fenomenológico de la dignidad humana. Un análisis especialmente sugerente al contraponer

la visión ética del mal kantiana con la concepción especulativa de Ricoeur y que le lleva a la conclusión de que la dignidad humana, lejos de ser objeto de valoración por parte de un sujeto (el hombre de la modernidad caracterizado por la razón sujeto-céntrica), sería la traza, la huella del sentido-contrasentido existencial en su singularidad e irrepetibilidad. El autor, con todo, es plenamente consciente de que tal conclusión “desorienta sin reorientar” por lo que acaba reivindicando expresamente una “apertura a la trascendencia”.

El profesor Paolo Becchi, en la segunda de las ponencias introductorias, *Il principio della dignità umana. Breve excursus storico-filosofico* vuelve sobre los dos sentidos de la locución tal y como aparecen en Cicerón: el universalista que indica la posición especial del hombre en el cosmos, conectada al hecho de que es único animal racional, y el particularista, que diferencia a un hombre de otros por el papel activo que desarrolla en la vida pública. A partir de ahí realiza asimismo un breve pero no por ello menos sugestivo *excursus* histórico filosófico que partiendo del cristianismo va poniendo de relieve la primacía de una u otra acepción en las diversas corrientes de pensamiento hasta llegar a la “plena” legitimación jurídica de la dignidad humana tras la segunda guerra mundial.

La primera de las *Prospettive teologiche*, que recoge el texto –*Comprensione della dignità umana e dei diritti umani nel pensiero cattolico*– es obra del profesor Eberhard Schockenhoff quien, comienza señalando que las principales influencias que están en la base de la idea moderna de la dignidad humana se reducen a la filosofía clásica, a la ética cristiana y al iluminismo europeo. Tras ello analiza exhaustivamente el pasaje del Génesis en el que se narra la creación del hombre “a imagen y semejanza de Dios”, para concluir que esa concepción del hombre como *imago Dei* lleva a superar todas las divisiones de los hombres en superiores e inferiores, poderosos y débiles, reconocidos por la sociedad o privados de derechos... La idea bíblica del hombre a imagen y semejanza de Dios, en la que se incluye también su ser corpóreo, estaría así en una relación de objetiva correspondencia con la idea de la dignidad humana que no implica ni una dependencia histórica unilateral ni una motivación sistemática.

En lo que toca al papel de la Iglesia católica le asigna la función crítica de poner en duda el consenso social imperante, denunciando sus enmascaramientos y la de desafiarlo a confrontarse con la posición de la propia Iglesia católica. Una posición que se resume en tres principios fundamentales: respetar la vida del hombre significa aceptarla con su debilidad y su vulnerabilidad, con sus posibilidades de realización y con sus límites y, finalmente, aceptarla como un don.

La profesora Luciana Pepi en su ponencia *La dignità dell'uomo nell'ebraismo* analiza asimismo el significado de la expresión “a imagen y semejanza (*zelem demut*) de Dios”, desde la perspectiva hebrea señalando como interpretación principal la que sitúa la semejanza en la *ratio*, en la capacidad de comprender y discernir. Esa capacidad de conocimiento se liga estrechamente a la acción de modo que es en el ámbito moral donde se realiza plenamente la semejanza con el creador: “Sed *qadosh* porque yo soy *qadosh*” se convierte así, para el hebreo, en el mandamiento bíblico por excelencia. Un mandamiento en el que se incluye tanto la perfección,

como la plenitud, como la singularidad o la santidad... dado el arco semántico que permite el término *qadosch*

En otras palabras, la dignidad humana para el hebraísmo estriba en la posibilidad de semejanza con Dios, en la posibilidad de *imitatio Dei* cumpliendo las leyes morales sociales y religiosas de la Torah. Una posibilidad que incluye la obligación de procrear, la de hacer posibles nuevos seres humanos, nuevas y ulteriores imágenes de Dios. La dignidad del hombre consiste pues, en el vivir plenamente la dimensión terrena finita de la existencia humana manteniendo la relación con lo trascendente, con lo divino.

La ponencia siguiente *Riforma protestante e principio della dignità umana* vuelve al cristianismo en su vertiente protestante y en ella su autor, el profesor Paolo Ricca, analiza, en primer lugar, la relación entre la naturaleza de la Reforma y el principio de la dignidad humana y, después, la relación entre el mensaje de la Reforma y la afirmación de la dignidad humana. En cuanto a lo primero tras señalar que la Reforma supone con su afirmación del libre examen, una “resustanciación” de la Biblia, vuelve sobre las interpretaciones de la creación del hombre “a imagen y semejanza de Dios” del Génesis, que serían básicamente cuatro. La primera, la semejanza física, la posición erecta que quedaría desmentida por la existencia de pingüinos; la segunda, el alma inmortal que tiene el inconveniente de que el texto bíblico ignora por completo la cuestión; la tercera que ve la imagen de Dios en la racionalidad del hombre y que resulta insostenible porque Dios es amor y no razón y, finalmente, la de “relación” según la cual la semejanza, la imagen de Dios en el hombre es la “relación” porque “Dios es relación de amor, relación interpersonal entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”.

Tras ello el profesor Ricca señala siete ámbitos en los que la Reforma protestante habría contribuido a la afirmación de la dignidad humana. La dignidad del laico, dado que abolió toda diferencia entre clero y laicos o, como dijo Marx, transformando el clero en laicado, transformó el laicado en clero. La dignidad de los trabajadores, al concebir el trabajo como una forma de oración, una forma de culto. La dignidad del matrimonio afirmando que la condición conyugal es la verdaderamente instituida por Dios. La dignidad de la conciencia del individuo respecto a la autoridad constituida, reivindicando el derecho de desobedecer a la autoridad para obedecer la propia conciencia. La dignidad de la mujer y ello no tanto en el ámbito de las grandes Iglesias nacidas de la Reforma, como en el protestantismo sectario, menonitas, baptistas cuáqueros... y finalmente la dignidad de la comunidad local que tiene el derecho de instituir y destituir los ministros, función tradicionalmente ejercida por el obispo con lo que ello supone de socialización del poder ministerial y de superación de una relación de dependencia de la comunidad local con un poder central.

En la ponencia siguiente el profesor de la universidad de Palermo, Daniele Anselmo, *Dignità dell'uomo e prospettive islamiche* examina el concepto de dignidad del hombre dentro del complejo mundo filosófico-jurídico y teológico islámico. Un examen que muestra la profunda diferencia de la concepción islámica respecto a la judeo-cristiana en la que la dignidad del hombre deriva de ser imagen de Dios.

Para la concepción islámica, sin embargo, el hombre no es, ni puede ser, imagen de Dios, en cuanto que Dios es perfecto y el hombre no lo es. Tras ello realiza un análisis léxico del término árabe correspondiente a “dignidad”, la palabra *karoma*, que le permite establecer los dos niveles que constituyen la concepción islámica de la dignidad del hombre. El primero haber recibido la fe (*amana*) y la vice-regencia, el ser califa de Dios en cuanto hijo de Adán, el segundo mantenerse fiel al empeño asumido, “comportándose bien”, algo posible incluso para los que no han recibido la revelación última siempre que se comporten “según razón”.

A partir de esta concepción de la dignidad humana en dos estadios se habría desarrollado la concepción islámica de los derechos del hombre que se consideran sólo en relación con los deberes del individuo para con Dios y la comunidad. Una concepción, pues, que, a diferencia de la occidental, se funda sobre una idea del hombre que se anula en una comunidad a la que debe dar cuentas de su propio actuar. Para el Islam el ser humano es libre sólo si respeta las leyes de la comunidad; su única dimensión es la social mientras que en la concepción occidental, entre los valores fundamentales, se reconoce la autonomía y la autenticidad entendida como llamada del individuo a ser él mismo.

La ponencia finaliza examinando las posibilidades de aproximar tan divergentes concepciones. Posibilidades muy remotas para el autor, toda vez que si difícil parece un “replanteamiento” en el interior de la concepción islámica no lo es menos la de conseguir un catálogo mínimo de derechos común a ambas concepciones.

La contribución del profesor Francesco Viola, *I volti della dignità umana*, abre el segundo gran apartado del libro *Prospettive filosofiche, giuridiche e sociologiche* y en ella, tras establecer que la dignidad, en general, es una calificación normativa, y no ciertamente empírica, que puede ser reconocida también a los animales, las plantas e incluso a lugares naturales, afirma que la dignidad humana es particular y funda deberes específicos por lo que corresponde dilucidar en qué consiste esa calificación normativa atribuida al ser humano. Al respecto analiza en profundidad las dos categorías en que se dividen las teorías de la dignidad humana: las de la dotación, estas son aquellas teorías que ligan este valor moral a determinadas características ontológicas y las de la prestación, las que la hacen depender de factores progresivos que intervienen en el desarrollo histórico del ser humano.

Dicho análisis le lleva a la conclusión de que ambas teorías no son incompatibles toda vez que ya en el célebre discurso de Pico della Mirandola, *Oratio de dignitate hominis* pueden encontrarse referencias tanto a la centralidad ontológica del hombre cuanto a su libertad. La situación de nuestro tiempo, por su parte, exigiría una colaboración aún más estrecha entre la teoría de la dotación y la de la prestación trazando una teoría integrada de la dignidad humana que podría dibujarse del siguiente modo: los derechos a “reconocer o atribuir” a todo hombre, basados en la teoría de la prestación, estarían fundados sobre el principio trascendental de la dignidad humana elaborado por la teoría de la dotación, lo que evitaría posibles derivas culturales y particularistas.

El profesor Andrés Ollero en su contribución *Dignità e statuto giuridico dell'embrione umano* analiza la perspectiva del jurista a la hora de reflexionar sobre la dignidad humana. Una perspectiva que, dado su específico método de trabajo: la dogmática jurídica, tiende a no poner en discusión el punto de partida. Y es que el jurista práctico está más atento a calcular las consecuencias prácticas que derivan de los textos que utiliza que a preguntarse por sus fundamentos últimos.

Y en efecto la contribución se dedica a analizar, con abundante uso de legislación y jurisprudencia no sólo española, sino también alemana, colombiana..., cómo los juristas, en cuanto hombres prácticos que raramente pueden permitirse el lujo de la perplejidad, no dudan en recurrir a ficciones y presunciones en temas trascendentales como el inicio de la vida humana, la distinción entre persona y cosa, la fecundación *in vitro*... Todo lo cual lleva al autor a concluir que, en determinados estadios de la vida humana, la dignidad se ha transformado en una palabra vacía que no dice nada de modo que, paradójicamente, en el momento de fundar la dignidad personal, no le faltará qué hacer al jurista práctico.

El profesor de Sociología del Derecho de La Sapienza, Pio Marconi, comienza su contribución, *La dignità dei moderni* apoyándose en Rousseau, Kant y Leopardi para mostrar cómo la dignidad de los modernos se diferencia de la dignidad de los antiguos por su naturaleza espiritual y por su carácter universal. Esos mismos autores, a los que se añade M. Shelley con su *Frankenstein* —el nuevo Prometeo, fruto de la cultura científica de la edad de las luces—, sin embargo habrían señalado también que la modernidad comporta peligros para el hombre y, en consecuencia, para la dignidad humana.

Tales peligros revisados y corregidos, seguirían presentes en autores contemporáneos como U. Beck, J. Habermas o H. Jonas, quienes a diferencia de aquéllos no compartirían la confianza en la capacidad de la humanidad para liberarse del peligro y exorcizar el riesgo. Buena prueba de ello sería la propuesta de Habermas de limitar por ley la ciencia. Una limitación que protegería al hombre del riesgo de la ciencia (del *sapere aude*) con los instrumentos de una democracia que se funda en el consenso pero que niega al individuo y a la libertad, esto es, que niega la dignidad de los modernos.

El también profesor de La Sapienza, B. Romano presenta una contribución, *Nietzsche e Pirandello: diritti del uomo e formalismo giuridico*, en la que se pone de relieve cómo las argumentaciones profético-filosóficas de Nietzsche encuentran expresión en el arte narrativo de Pirandello quien también considera falta de sentido la cuestión de la verdad dado que la vida no concluye sino que es un flujo continuo que tratamos de fijar mediante conceptos. Conceptos cuya esencia, sin embargo, se aclara cuando comprobamos que dentro de nosotros la vida sigue fluyendo de forma que el propio concepto de “yo” y los de “justicia” e “injusticia” no son sino meras ficciones.

Siguiendo este modo de pensamiento emergería una modalidad radical del mal: la que lleva a la escisión completa entre lo verdadero y lo bueno, lo verdadero y lo justo, rompiendo la visión clásica del derecho que va desde Sócrates-Platón hasta Kant y afirmando un formalismo jurídico, un nihilismo jurídico que alcanzaría su

máxima expresión en la teoría pura del derecho kelseniana. Frente a esa reducción del jurista a mero “razonador de las normas”, el autor reivindica un jurista “artista de la razón” que no mistifique hechos y actos así como una recuperación de la búsqueda dialógica de lo verdadero y lo bueno y lo justo basada en una antropología que diferencia a los hombres de los demás vivientes en cuanto que sufren por la falta de sentido, en cuanto que en ellos el sentido existencial excede a la fisiología de la vida.

La profesora de la Universidad de Casino, L. Avitabile en su ponencia titulada *Diritti umani e fenomenologia dello Stato in Edith Stein* comienza por describir el ambiente filosófico en que se gesta la obra de Stein así como las limitaciones que su doble condición de mujer y hebrea supusieron en su carrera académica y que en cierto modo explican su empeño a favor de las mujeres, a favor de los derechos de las mujeres. Un empeño que, en su caso, no comporta ninguna “agresividad destructiva hacia el mundo masculino” dada su adscripción fenomenológica y el consiguiente uso de la empatía con su apertura incondicional a la humanidad como comunidad de seres humanos y no como hombres y mujeres.

A partir de ahí, se analizan los presupuestos de la concepción steiniana del derecho centrado en el concepto de persona, que no es el ser único e irrepetible sin más sino el que lo es en un ámbito de reconocimiento recíproco del otro como hombre, como sujeto, como portador de derechos y deberes. Esa circularidad intersubjetiva del reconocimiento como persona es la que constituye la base para la reciprocidad universal e incondicionada mediante la institución del ordenamiento jurídico. Hablar de la persona significaría, pues, hablar de la personalidad, de la libertad, de la responsabilidad y del derecho.

La autora presta asimismo atención a la relevancia fundamental que Stein atribuye al concepto de cultura entre los elementos constitutivos del Estado, y su conexión con el concepto de Estado de Derecho a través del concepto de espiritualidad que a su vez lleva al de interpersonalidad empática. Una empatía que se convierte, así, en la condición ontofenomenológica del derecho.

La ponencia del profesor Pier Paolo Portinaro: *La dignità dell'uomo messa a dura prova* afirma en primer lugar que el imaginario religioso judeo-cristiano, la tradición filosófica moderna e incluso la actual concepción del estado constitucional se apoyan en el axioma o más bien en el dogma de la dignidad humana. Esa dignidad que se entiende a grandes rasgos como un valor absoluto, ideal atribuido al hombre y en virtud del cual todo individuo tiene un derecho jurídicamente garantizado al respeto por parte de su prójimo y del Estado, estaría doblemente amenazada hoy tanto por la violencia y voluntad de prevaricación de una infinidad de sujetos cuanto por dinámicas objetivas de deshumanización susceptibles de convertirse en sistemáticas.

Tras ello, el autor hace un recorrido histórico de la progresiva afirmación del concepto de dignidad haciendo hincapié en que ha habido que esperar para juridificarla hasta el siglo xx, hasta el siglo de los genocidios. Unos genocidios en cuya génesis y consecuencias se demora hasta señalar la que en su opinión resulta ser la principal amenaza a la dignidad humana: el dostoevskyano hombre del subsuelo.

Una metáfora feliz, si es que así puede hablarse, de una humanidad incapaz de dar forma política al resentimiento y de canalizar las energías negativas hacia la consecución de una nueva formación social que realice la aspiraciones de libertad, igualdad y justicia difundidas entre los hombres.

En la tercera y última parte del libro se recogen las comunicaciones al Congreso comenzando por la de D. Cananzi, *La questione della "dignità umana"*, en la que, tras señalar que si bien la temática de la dignidad humana podría parecer contracorriente e incluso obsoleta, sin embargo resulta fundamental y esencial a partir de las cuestiones preliminares que suscita. En concreto la de si se debe asumir el sujeto como cuestión y la de evidenciar la dimensión ontológica en la que lo justo y lo verdadero buscan el sentido. Y así, con especial atención al pensamiento de B. Romano examina tales cuestiones preliminares hasta llegar a la conclusión de que el derecho puede ser reconocido como el custodio de la estructura ontológica de la persona y, por tanto, de la propia dignidad humana.

G. Bartoli por su parte, en su comunicación, *Perchè il bene piuttosto che il male? Libertà, diritto e dignità dell'uomo*, también hace especial hincapié en la obra del profesor B. Romano. Y en efecto, tras señalar que esa pregunta reenvía inmediatamente a la cuestión central de la tradición filosófica occidental —por qué el ser y no la nada—, señala que la pregunta sobre la elección del bien se radica en la dimensión esencial de la juridicidad superponiéndose a la búsqueda del contenido que el derecho presenta en la principalidad de la relación interpersonal como núcleo constitutivo de la dignidad del hombre. Dicho en otros términos acaba proponiendo una lectura del bien que coincide con cuanto estructura la esencia de lo justo, cuestión ésta prioritariamente jurídica.

Luigi di Santo, en su comunicación, *Filosofia della pace e dignità umana*, examina la posibilidad de pensar la paz como espacio simbólico para la génesis de los derechos humanos con el objetivo de afirmar la dignidad humana. Una posibilidad que, entre otras cosas, exigiría una “purificación de la memoria” entendida como recuperación del pasado con todas sus contradicciones para una posible edificación de la paz. Lo que a su vez solo puede hacerse desde un presente que prepara el futuro pensando la dignidad como valor absoluto, como valor en sí mismo y no como reconocido por otros hombres.

S. Mirabelli, por su parte, en una breve comunicación titulada *Johann Sebastian Bach e Oliver Messiaen: morale e misticismo di due "musicisti da Chiesa"* pone de relieve, tras una breve semblanza biográfica, cómo ambos músicos son expresión de unión de la búsqueda estética y científica con la espiritual y ontológica

Finalmente A. Cognata, profesor de la Universidad de Palermo, en su comunicación, *Nella "teoria economica" c'è un posto per la dignità? Una risposta ottimista*, define la dignidad como la capacidad de decidir responsablemente el propio proyecto de vida, un proyecto que todo individuo puede concebir de modo diferente a como lo conciben otros. Lo importante, pues, es que los individuos tengan la libertad (capacidad) para vivir el tipo de vida que quieren vivir y ser el tipo de personas que quieren ser. A partir de ahí las diferentes políticas se evalúan



en términos del impacto que tienen sobre las capacidades de las personas y para ello son relevantes no sólo los recursos económicos sino también las instituciones políticas y sociales que garantizan el uso de servicios públicos, la participación política, la libertad de pensamiento... lo que, ciertamente, como concluye el autor, no es poco para una teoría económica.

Con todo lo cual y en resumen, estamos ante un texto que parece contradecir su propósito inicial. Y es que, a la vista de la cantidad y calidad de las aportaciones incluidas, a la vista de las múltiples perspectivas recogidas difícilmente puede decirse que en Italia no haya debate sobre el tema de la dignidad humana. Pero quizás sólo lo parece, pues resulta plausible pensar que tal riqueza y diversidad han aflorado sólo con ocasión de un Congreso que, ciertamente, ha conseguido propiciar una reflexión sobre un tema central de nuestro tiempo poniendo sobre el tapete las perspectivas imprescindibles para abordarlo.

Aurelio de Prada

Enrique DEL CARRIL, *El lenguaje de los jueces. Criterios para la delimitación de significados lingüísticos en el razonamiento judicial*, Ad-hoc, Buenos Aires, 2007, 150 pp.

La teoría de la argumentación ha sido el ámbito en el cual ha transitado en buena medida la discusión iusfilosófica contemporánea. Fue allí donde el positivismo detectó las insuficiencias de su propio planteamiento epistemológico inicial e intentó luego resolver la dificultad que le planteaba –y le plantea aún– el mantenimiento de su tesis de la separación conceptual entre Derecho y moral con la simultánea necesidad de describir la intervención de argumentos éticos para la resolución de problemas jurídicos concretos.

*El lenguaje de los jueces. Criterios para la delimitación de significados lingüísticos en el razonamiento judicial* se inserta en este contexto, y lo hace desde una perspectiva específica. Como lo anuncia Enrique del Carril en la Introducción, se procura en él sentar pautas para el manejo del lenguaje en las sentencias, con la finalidad última de alcanzar “una cierta uniformidad en los métodos de asignación de un sentido válido a las palabras”.

No estamos, por eso, ante un trabajo que sintetice las distintas teorías de la argumentación o que proponga una teoría propia; tampoco ante un libro de epistemología o de lingüística, aunque hay un poco de todo esto en él. Se trata, más bien, de un análisis científico del uso de las palabras por partes de los jueces, en procura de describirlo y de prescribir algunos criterios para su mejora. Del Carril cuenta para esa tarea con una formación filosófica inusual en el jurista práctico, y con la experiencia profesional proveniente de largos años de trabajo en el Poder Judicial